El Eco de Cartagena

AÑO XXVIII — DIARIO DE LA NOCHE — NÚM. 8604

PRECIOS DE SUSCRICION.

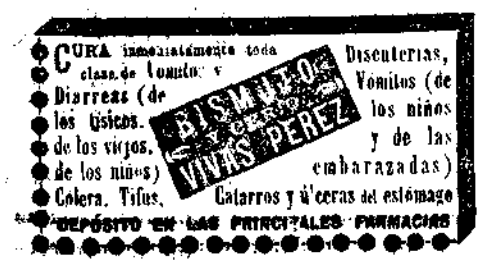
Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—**Provincias**, tres meses, 7'50 id.—**Extranjero**, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 19 de Setiembre 1888



LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL
COMPAÑÍA DE SEGUROS REUNIDOS

CAPITAL

Rs. vn. 48.000,000 efectivos,

147.251,080 en reserva.

23 AÑOS DE EXISTENCIA Y RS VN. 126-245-344'77

abonados por siniestros

Seguros á prima fija contra incendios

Subdirección en Cartagena:

Viuda de Soro y Compañía,

Risueño 15 (antes Caballos.)

LOS TRANSPORTES

La distribución de los productos industriales y agrícolas por las diferentes regiones del país, requiere medidas que regularicen el movimiento y establezcan las necesarias condiciones de relación de precios entre unas y otras provincias separadas por pequeñas distancias.

Es una verdad que las comunicaciones terrestres son caras y difíciles; que los transportes marítimos en nuestras dilatadas costas tropiezan con rémoras casi insuperables en los crecidos impuestos, complicada documentación y gravosas corrupteias; y que son escasos y mal construídos, y por tanto de poca utilidad, los caminos interiores de España; pero no es menos cierto también que los ferrocarriles, dueños del tráfico por virtud de su situación, solícitos en monopolizar el movimento, procurando la desaparición de los transportes de cabotaje, tendiendo al incremento de ciertas secciones en perjuicio de otras, han alterado las condiciones, equitativas, impidiendo èl tráfico por vías cortas naturales para llevarle por otras más largas y más costosas.

Al sentar este hecho no pretendemos crear antagonismo, ni promover luchas y desconfianzas.

Dos puntos principales abarcan la cuestión de las tarifas de ferrocarriles: la unificación y la rebaja.

No desconocemos la situación económica de varias Compañías de ferrocarriles. Los accionistas cobran exiguos dividendos, si los cobran, que representan un interés reducidísimo al capital invertido en la línea. Pero es fuerza reconocer que en muchas empresas el estado precario del accionista nace no tanto de los resultados escasos de la explotación, como de haber aumentado por modo desconsiderado, el capital con emisiones y más emisiones de obligaciones con interés y amortización fijos, con lo cual vienen á resultar más apurada la situación de una empresa por esos compromisos ineludibles y por estar sujeto su capital á las alternativas de que es susceptible una cantidad que fluctúa en las oscilaciones del mercado. A ellas les conviene ante todo aumentar el tráfico y amortizar una buena parte del papel. Prudentes y estudiadas rebajas pueden favorecerlas mucho, acrecentando el movimiento de transportes.

Cuanto á la unificación, mucho pudiera decirse. Basta citar el hecho positivo de una compañía que talentras aplica á ciertos productos con destino á un determinado punto, tarifas cuya base de percepción es de doce céntimos de peseta por tonelada y kilómetro, transportan por otras líneas de su red las mismas mercancías á menos de la mitad, ó sea á cinco céntimos por tonelada y kilómetro de recorrido.

Por tal procedimiento se desvía el tráfico de su cauce natural, privando á ciertas comarcas de beneficios que se quieran dar por lo regular á determinadas localidades. Al obstruirse las verdaderas vías al comercio, los intereses industriales y agrícolas sufren perjuicios y las empresas si logran imprimir alguna mayor actividad á algún ramal de su línea, siempre será con pérdida en sus cuentas de explotación. Esto sin contar con que acortando artificiosamente las distancias con objeto de transportar los artículos á puestos muchos más alejados que otros del centro productor, resulta gravoso el recorrido de mayor distancia y recargadas; por consiguiente, las mercancías, hállanse imposibilitadas de resistir la competencia de las extranjeras, que consiguen apoderarse del consumo de una parte de nuestros mercados en detrimento de la protección.

Variedades.

UNA CARTA DE VICO.

El eminente actor Antonio Vico, ha escrito una sentida y bella carta á D. Antonio Fernández Grilo, después de haber leído en *La Ilustración Española y Americana*, el magnífico soneto que el ilustre poeta cordobés ha dedicado á la memoria de Rafael Calvo.

Dice así la carta del gran actor, honra de España:

«Antonio de mi alma:

¡Qué hermosísimo soneto has escrito! ¡Cómo brotan las lágrimas de sus palabras y de sus pensamientos!

¡Qué dolor de hombre! ¡Qué dolor de artista! ¡Qué modelo de amigo! ¡Qué alma tan hermosa tenía!

Tengo miedo, Antonio mío, te lo confieso... ¡Qué sería de estos hijos si yo muriese!.. ¡No quiero pensarlo!

Recibe un entrañable abrazo que te envío en estas líneas dictadas con el corazón y llenas de sentimiento de tu pobre amigo y hermano

Antonio Vico.»

* * *

El soneto es el siguiente:

¡A RAFAEL CALVO!

—(o)—

¡¡DESPEDIDA!!

Contigo fue lo que contigo acaba;
luz, color, horizontes, armonía!
Hoy vuelve al seno de la tierra fría
quien de la tierra al cielo nos llevaba!!

La absorta muchedumbre fue tu esclava,
cuando á tus plantas desfilar veía
el mundo muerto que por tí vivía,
la edad caballeresca que tornaba!!!

Ya nuestro Antonio, en la tenaz faena
huérfano y solo en la región del arte,
arrastrará llorando su cadena!!

Mas de la muerte, al fin, sabrá vengarte,
que enmedio del desierto de la escena
él tan sólo podrá resucitarte!!

Antonio Grilo.

LOS ÚLTIMOS MESES
DE ALEJANDRO DUMAS (PADRE)

—(o)—

El fin del novelista se aproximaba; á la actividad incesante, á aquella vitalidad eléctrica que animaba su cuerpo robusto, había sucedido una especie de amodorramiento, de torpeza, que abrumaba todos sus resortes.

Ahora se adormecía á cualquier hora del día.

Andaba con mucha dificultad; los miembros movían con dificultad el cuerpo, y el abdomen había engruesado considerablemente, tanto que hacía creer en un principio de hidropesía.

Estaba inerte, amodorrado, la mayor parte del día, en un sillón de su gabinete de trabajo; el sueño le invadía y le era imposible sustraerse á él.

Durante los ensayos de *Los Blancos y Los Azules*, el actor Taifade fue á visitarle para arreglar algunos detalles de la obra; en medio de la conversación los ojos del novelista se cerraron y su voz se calló súbitamente.

El artista, apenado, esperó respetuosamente que pasara este acceso de sueño.

Era la reacción de cincuenta años de actividad física é intelectual; los manantiales de la vida se encontraban agotados por este derroche de vitalidad que había durado medio siglo.

Su hijo, su hija madama Petel, se alarmaron; se consultaron diferentes médicos, entre otros el doctor Piorry, amigo íntimo de Dumas, que prescribió un tratamiento que no tuvo, que no podía tener resultados eficaces.

Vino el buen tiempo, y se le aconsejó el aire puro del campo y del mar.

Dumas partió para la playa de Roscoff en Bretaña; y allí pasó una temporada en el verano de 1869.

Experimentó una mejoría relativa, pasajera; pero en Septiembre fue preciso volverle á París y á su gabinete de trabajo del boulevard Malesherbes, y pronto recayó en aquel aplanamiento físico que constituyó su existencia durante los últimos meses.

El cerebro se entorpeció gradualmente y las ideas llegaban muy difíciles y brumosas.

Aquel cerebro, aquella fecundidad en el trabajo, todas aquellas brillantes cualidades de su imaginación se apagaban.

Llegó un momento en que no se hizo ilusiones respecto á su estado, y una espantosa tristeza lo invadió. Lloraba constantemente, y sus íntimos, únicos que le veían, oían escapar de su boca lamentables quejas.

No salía más que de tarde en tarde, y su estado inspiraba una compasión respetuosa á los que lo veían.

Como no podía trabajar, no ganaba dinero y la estrechez se alojó definitivamente en su hogar.

Vivía al día, de empréstitos hechos á su editor, de adelantos embolsados por su agente dramático.

Las reclamaciones le perseguían, los acreedores no le dejaban y no quedaba ni dinero en la casa para concluir el día, y el cocinero Vasily se preguntaba qué haría para preparar la comida del antiguo castellano de *Monte-Cristo*.

Cuando la escasez era ya insoportable, Dumas enviaba al Monte de Piedad algún objeto de valor, restos de su pasada opulencia, ó mandaba á su hijo á su secretario Victor Lerler.

Dumas, hijo, daba siempre la suma pedida.

Pero esto le molestaba mucho, pues era tímido cuando se trataba de su hijo, y no osaba confesarle todas sus acciones.

Sabía la antipatía de este último por ciertas gentes que lo rodeaban, y les hacía esconder en su gabinete cuando esperaba su visita.

Por su parte, el autor de *La Dama de las Camelias* había tratado de aconsejar á su padre para que cambiara de vida; pero viendo que sus esfuerzos eran inútiles, había tomado el partido de cerrar los ojos y no hacía más que raras apariciones á la casa paterna.

Esta desaprobación había siempre contristado á Dumas, y por eso sentía tanto tener que pedir recursos á su hijo.

Un día decía á éste:

—Me parece que estoy en la cima de un monumento que oscila, como si los cimientos estuvieran asentados sobre arena.

Su hijo le respondió:

—Tranquilízate; el monumento está bien construído y la base es sólida.

Su salud no volvía; y á medida que pasaba el tiempo, su tristeza se hacía más profunda.

Esta desanimación, que ya no degeneraba jamás en amarguea, modificó un poco sus juicios sobre los hombres y sobre las cosas. Había sido siempre optimista; había creído firmemente en las ideas, en las opiniones, en las teorías corrientes de su época.

Las vicisitudes de los últimos años le habían hecho escéptico.

Al término de su vida, le parecía que todos los esfuerzos de que durante cincuenta años había sido testigo no habían dado una suma proporcionada de progreso.

Los hechos no le parecía que correspondían á las teorías; y á este propósito decía á algunos íntimos que le visitaban, que las generaciones desilusionadas harían un fin de siglo muy agitado. ¿Era un relámpago de adivinación ó una reflexión de viejo descorazonado?

En esto se declaró la guerra, llevando bien pronto las angustias de la invasión.

Dumas, hijo, no quiso que su padre estuviera en París durante el sitio; y se lo llevó á su propiedad de Puys.

Su hija, madame Petel, le acompañó.

Esto ocurría algunos días antes del 19 de Septiembre de 1870.

Puys es hoy una playa habitada y frecuentada durante el verano por bañistas que quieren sustraerse del movimiento y de las fiestas de Dieppe. Pero en 1870 había apenas algunas casas, entre otras la de Dumas, hijo, que está en medio del valle, con vistas al mar, muy sencilla muy rústica en apariencia: un grupo de acacias rodeaban un jardín hecho de césped y de grupos de árboles.

Dumas, hijo, instaló á su padre en una gran habitación, en que las ventanas daban al mar, esperando, que como el año anterior, el aire salubre llevaría alguna mejoría al estado general del enfermo.

Pero el organismo estaba demasiado acabado para que nada pudiera reanimarlo.

Salvo las horas de comer, la somnolencia clavaba á Dumas en su butaca.

Su espíritu vagaba; su cerebro se adormecía como el cuerpo.

Se movía gradualmente, como en otro tiempo Walter Scott en su residencia de Abbotsford.

El gran novelista escocés también se apagó paralizado de cuerpo y agotado de cerebro.

Llegó Octubre con su mal tiempo y Dumas ya no salió más de su habitación.